

Reseña

Stéphanie Alenda (ed.). *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2020. US\$20.23 (ISBN: 9789562892025), 380 pp.

Pablo Ortúzar Madrid, Instituto de Estudios de la Sociedad, Chile

Leer *Anatomía de la derecha chilena*, editado por la socióloga Stéphanie Alenda de la Universidad Andrés Bello, es como revisar un mapa de la época de los grandes exploradores. El conjunto de ensayos dibuja con lujo de detalles algunos territorios, rellenando otros más bien con la imaginación. Al final, logra generar una imagen completa, una forma total con bordes más o menos provisorios sobre la cual nuevos cartógrafos operarán precisiones y confirmaciones en el futuro. Es, así, un libro que sirve para pensar. Una obra con la que se puede conversar tanto en duros como en suaves términos. Una lectura que se acomete con lápiz en ristre.

Dado que la introducción de la editora ofrece un resumen adecuado de cada uno de los capítulos, en esta reseña me gustaría centrarme en las reflexiones que el texto me parece provocar, de acuerdo a las glosas marginales que fui acumulando a medida que avanzaba en su lectura.

El gran escollo inicial enfrentado por el texto es la definición de su objeto de estudio. ¿Qué es la derecha chilena? Todos en Chile lo sabemos, o creemos saberlo, pero otra cosa es tratar de definirlo. Podríamos decir que son los herederos políticos de Pinochet o que son los que perdieron en el plebiscito de 1988. Muchos estarían cómodos con esa idea. Y quizás hubiera sido más o menos precisa en 1990. Pero hoy en día resulta precaria e inexacta al ser contrastada con el material recabado, tal como muestran todas las investigaciones compiladas.

PABLO ORTÚZAR MADRID es antropólogo social y Magíster de Análisis Sistemático Aplicado a la Sociedad, Universidad de Chile; actualmente es estudiante del programa doctoral en Teoría Política, Universidad de Oxford, Reino Unido. Es investigador del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES), Santiago, Chile. Dirección: Renato Sánchez 3838, Las Condes, Santiago, Chile, CP 7550240. Email: portuzar@ieschile.cl.

Y es que, a diferencia de la geografía terrestre, en los territorios políticos el cataclismo parece ser una constante: cambia, todo cambia. Tanto, que todo esfuerzo de mapeo normalmente se ve interrumpido por algún gran evento. En el caso de este libro, el estallido social de 2019.

Para escándalo general, entonces, esta complicación desafía prejuicios cómodamente instalados. Resulta que los referentes que usamos para definir nuestras posiciones políticas y las ajenas —referentes que marcan a generaciones completas— se vuelven rápidamente obsoletos. Respiramos la política a través de clivajes muertos o desfallecientes. Esto explica que las interpretaciones curiosas estén a la orden del día, como el cacareado temor a que Ricardo Lagos fuera ‘un nuevo Allende’ —promovido en su momento por muchos de los mismos que hoy lo destacan como el gran último estadista— o la curiosa y difundida idea de que el triunfo de Piñera en 2010 significaba, sin más, el retorno de Pinochet a La Moneda.

Así, lo primero que nos advierte Alenda es que el contenido específico de las posiciones políticas etiquetadas como ‘izquierda’ y ‘derecha’ es fluctuante. Definirlas a partir de elementos demasiado contingentes resulta, entonces, un error. Se trata de oposiciones concretas, históricamente delimitadas.

Esto ya nos dice algo sobre la naturaleza de la actividad política. A pesar del sesgo ilustrado, la acción política no se trata de teorías inmutables puestas en juego, donde lo factual es una simple anécdota. La política no es la mera representación de teorías de la justicia, así como el rito no es la mera representación del mito, como se creyó alguna vez. Por eso, probablemente, los grandes pensadores de la praxis del poder no son, en general, filósofos muy elevados. La escuela de esta praxis son los recovecos de lo mundano, las inclinaciones del espíritu observadas por la experiencia histórica, y no las plácidas bibliotecas. Quizás por lo mismo, los filósofos, desde Grecia en adelante, han mirado con sospecha y avidez una ocupación donde los sabios son más parecidos a Toby Ziegler y Josh Lyman de *The West Wing* que a Platón o Heidegger.

La acción política, nos muestra este libro, ocurre en una intersección compleja e inestable, donde miles de factores confluyen, se entrecruzan y se empujan mutuamente. Las identidades flotan y cambian con el tiempo. Y, muchas veces, las reformas más deseadas por un bando político son justo aquellas que su oponente está en mejor posición para llevar adelante y capitalizar. Solo Nixon puede ir a China...

¿Cómo distribuir, entonces, las etiquetas de izquierda y derecha en medio de todo este desorden? Una forma es apelar al ‘todos sabemos de lo que estamos hablando’; otra es la genealogía: lo que venga de lo que fue en el pasado la derecha, ha de ser la derecha hoy; la tercera es tratar de definir un comportamiento o creencia que se repita de manera consistente en relación a una determinada posición política identificable con la derecha.

Los autores convocados por *Anatomía de la derecha chilena* siguen distintas estrategias, pero casi todos optan por el sentido común, a veces adornado con una cita previa de algún teórico político renombrado. Luego, rápida y directamente, se van al giro propio de su capítulo. Esto funciona perfectamente bien para el lector, ya que si hay en Chile una coalición política que se define a sí misma como de ‘centroderecha’ y casi todo el mundo entiende qué es eso, parece innecesario hacer más preguntas. ‘Lo reconozco cuando lo veo’ es más o menos el criterio propuesto.

Sin embargo, Alenda, Le Foulon y Suárez-Cao optan por meterse en un problema interesante y proponen su propia coordenada de observación general. Ellas parten por evaluar críticamente el criterio diseñado por Bobbio y utilizado por Luna y Rovira en Chile para identificar a la derecha, consistente en “el hecho de concebir las desigualdades como naturales y difíciles de erradicar”, en oposición a una izquierda que entendería dichas desigualdades como construidas, “dejando mayor espacio a la idea de cambio social” (32). En vez de dicho criterio, las autoras proponen una definición ampliada consistente en “la defensa del orden natural enraizado en una visión tradicionalista y/o religiosa del mundo, y del que la concepción sobre las desigualdades es sólo una dimensión” (32).

Lo complicado de esta definición es que interactúa mal con el caso de Evópoli, que es uno de los más comentados en el libro. Dicho conglomerado, ‘posmaterialista’, liberal y progresista, tendría que ser de izquierda bajo ese prisma. Pero no lo es. Las mismas autoras parecen retirar el guante arrojado cuando advierten que ninguna de estas definiciones abstractas puede ser postulada como ‘transhistórica’. Que el contenido de las posiciones políticas no deja de cambiar. Y que, justamente, en el caso de la derecha chilena, dicho contenido está efectivamente cambiando.

Algo notable del libro, de hecho, es que va descartando una por una casi todas las formas fáciles o muy reduccionistas de definir a la derecha, hasta el punto de que el lector comienza a sospechar que la distinción entre partidos políticos es más parecida a la diferencia entre equipos de fútbol que a otra cosa. Es decir, que las razones de muchas personas para identificarse con tal o cual conglomerado político son mucho más complicadas, personales y afectivas que lo que la mente ilustrada, que supone una orientación basada en intereses inmediatos y posturas existenciales racionalizadas, logra captar.

Resulta muy posible, entonces, que cualquier persona dada de una tendencia política tenga más afinidad existencial con muchos de sus adversarios, que con muchos de sus aliados. Esto bien puede llevar a una conclusión pluralista: lo lógico es no tratar las posturas políticas como si fueran opciones morales excluyentes, habida cuenta de que son posiciones más o menos heredadas, arraigadas en buena medida en el plano de los afectos. Y que así como ser de tal o cual equipo de fútbol no puede, en realidad, entregarnos información confiable con respecto al carácter moral de una persona, tampoco puede hacerlo el identificarse con tal o cual partido político.

Esto nos advierte también sobre el carácter parcial de lo político. Se trataría de una dimensión de la realidad, que puede expandirse o contraerse, pero que nunca la agota, y que siempre está mezclada y superpuesta con otros planos. Luego, tratar de reconducir y reducirlo todo a opciones políticas sería una receta segura para desorientarse en el mundo. Y los chilenos somos dados a eso. Un ejemplo obvio sería la oposición entre los que vitoreaban al avión *Supertanker* y los que hacían lo propio con el *Ilyushin* durante los incendios forestales de hace algunos años, entendiendo que una opción era de derecha y la otra de izquierda (aunque, en los hechos, se trataba de dos aviones combatiendo incendios forestales). La actual crisis sanitaria nos ha regalado muchos otros ejemplos absurdos de ese tipo (sería ‘de derecha’, por ejemplo, buscar que los estudiantes vuelvan a clases y ‘de izquierda’, lo contrario).

Pero la totalización imaginaria de lo político no solo genera anécdotas absurdas. También es un ingrediente temible de las dinámicas sacrificiales: atribuir lo aparentemente inexplicable a causas políticas permite ganar una seguridad y una sensación de control que los seres

humanos valoramos ampliamente, aunque tengan pies de barro, pero que muchas veces conquistamos a través del sacrificio de otros. Los mismos incendios combatidos por los aviones mencionados, dada la novedad del fenómeno, llevaron a muchas personas a buscar chivos expiatorios plausibles entre sus adversarios de siempre. Y de ahí a los linchamientos hay siempre un paso.

Esta derivada del libro tiene una enorme actualidad, dada la polarización posterior al estallido social. ¿Cómo entendemos la crisis social? ¿Qué significa la polarización política? ¿Es de izquierda o de derecha lo que está pasando en la calle? El hecho brutal de la parcialidad de lo político y la vaguedad de sus oposiciones que el libro nos obliga a aceptar nos exige, también, asumir que la respuesta a estas preguntas es más difícil de lo que pensamos. Y que ninguna teoría reduccionista, incluyendo especialmente las conspirativas, podrá darnos una respuesta satisfactoria.

Por último, el libro también nos entrega pistas sobre por qué funciona la democracia: si las oposiciones políticas son mucho menos claras de lo que imaginamos o podemos postular en un plano abstracto, eso quiere decir que la posibilidad de acuerdos es también mayor de lo que normalmente creemos. Los partidos no son bandos con claras filosofías opuestas enfrentadas a muerte en cada punto, y no deberíamos pretender que lo sean. Aquí, de nuevo vuelve a la cabeza la idea de un partido de fútbol, donde el buen espectáculo depende de ambos equipos, en oposición a la guerra de exterminio, que algunos oscuros filósofos de moda plantearon en el pasado como la forma más pura de la acción política.

Las investigaciones de *Anatomía de la derecha chilena*, en suma, nos permiten entender mejor la compleja y cambiante realidad de la vida política, evitando simplificaciones fáciles y obligándonos a aceptar hechos incómodos que, sin embargo, nos hacen mejores ciudadanos. Su lectura desafía la pereza intelectual del fanatismo, tanto como las pretensiones racionalistas para entender la vida en común. A través de ella nos damos cuenta de que la política es más y menos de lo que normalmente pensamos: más enredada y opaca, y a la vez menos abarcante y potente en relación con el mundo. En este sentido, aunque el libro no alcanzó a cubrir la crisis de 2019, llega justo a tiempo para ofrecer elementos altamente terapéuticos y orientadores para una comunidad

que hoy duda respecto de los pasos a seguir, y que es tentada en cada momento por discursos extremos e impulsos sacrificiales. Aire fresco, en medio de una atmósfera chata y comprimida. *EP*